

esas raras obras donde un pintor, olvidándose de los encargos, se ha recogido en sus estancias más íntimas y ha dirigido sus pinceles como el pájaro canta su canción o el poeta lírico modula su estrofa. Recordad tal instante del Greco, de Velázquez, de Watteau.

Alenza parece aproximarse en este retrato a nosotros con la confianza grave y misteriosa de un hombre que siente a su lado la muerte, que acaso se siente ya casi muerto. Hay en la luz velada, aterciopelada de esos ojos, en los rasgos enfermizos del rostro contraídos en leve sonrisa melancólica, un extraño desasimiento de las cosas, sin amargura, sin protestas. No puede haber lucha aquí entre lo vital y lo muerto. Tal vez esta lucha ha sido ya resuelta en las profundidades de la estirpe y lo vital no hace sino dejarse arrastrar por lo muerto hacia el misterio en sombras. Hundidos ya en este misterio parecen mirarnos los ojos velados. Aguardemos un instante. La figura se irá alejando, los rasgos se irán haciendo más borrosos; pronto apenas quedará un fugitivo claror y una vaga fosforescencia aterciopelada.

Nos apartamos de este cuadrado con las entrañas removidas. Es muy raro topar por los caminos del arte con una emoción tan sutil y tan justamente traducida. La técnica aquí no significa nada por sí: es el dardo que va a herir derechamente la fibra más profunda de nuestra sensibilidad. Fijarse en las categorías corrientes del arte pictórico resultaría ante esto casi de mal gusto. Sí, hay color, hay claro oscuro, dibujo, todo lo demás: pero la chispa santa lo ha fundido todo en pura poesía. Y al tenerlo ante los ojos apenas sabe uno si percibe el rumor de poemas elegíacos, o los sollozos asordados de una sinfonía.

El historiador del Arte nos dirá que los elementos de este cuadro provienen de Goya. Se lo concederemos sin reserva. Pero que nos permita también una ligera observación. No conocemos un retrato de Goya donde brote emoción tan compleja y profunda. Goya suele tener su fuerza en la expresión de los instintos espontáneos, animales. Y aquí esos instintos están en quiebra. Para hallar afinidades a esto habría que evocar algunas cosas del Greco, de Botticelli, de Rembrandt y del moderno Carrière, los pintores del misterio. No pretendemos, salgamos al encuentro del malicioso, igualar la personalidad de Alenza con la de estos artistas. Una personalidad está constituida por la persistencia de un estilo a través de una múltiple producción: del estilo en su doble modalidad, técnica y emotiva. Las restantes obras conservadas de Alenza no permiten construir su personalidad sobre las raras calidades de este retrato. No sabemos si en una existencia más prolongada las hubiese confirmado. La prematura muerte deja libre la hipótesis. Pero lo cierto es que en la obra restante del pintor no recordamos nada análogo. Ello no impide, sin embargo, que busquemos a la exquisita emoción de este cuadro un parentesco con los momentos más finos de la historia del Arte, sin preocuparnos de comparaciones basadas en factores de la técnica.

Apenas es preciso decir que en todo el Museo no hay nada que pueda ponerse al lado. Sin faltar algunas obras excelentes, como se irá viendo, ninguna llega a la profundidad humana de ésta ni aun de bastante lejos.

En cualquier parte causaría impresión este retrato de Alenza. Aquí, por esa lucha despiadada a que sirven de lira los museos, mata nuestra sensibilidad para todos los de-

más retratos que constituyen este Walhalla, algunos de ellos apreciables. La superficialidad de un Sorolla aparece de un modo descarnado a despecho de la brillantez técnica y de finos momentos aromáticos como las flores de la solapa. Entre los otros un Madrazo a la altura de los buenos Madrazos, un Domingo, con solidez de piedra y apenas nada más.

Angel Sánchez Rivero

MADRID

EN NUESTROS CEMENTERIOS

Por

Ramón Gómez de la Serna

Vamos a nuestros cementerios, a los cementerios antiguos.

Desde lejos ya les vemos, y esos nichos que miran a poniente, parecen de lejos como cabecitas juntas que se acercan para ver el horizonte.

Pasamos junto a los merenderos que suele haber alrededor de los cementerios y que se debían llamar «DE LA MUERTE Y DE LA VIDA» o «EL MUERTO ALEGRE».

Ya cerca de las tapias se los ve formados como por huesos de la tierra que dan consistencia al tapial.

Desde la verja de la entrada se ven esas cuartillas caídas, esas cuartillas voladas que parecen aquellas lápidas pequeñas de antaño. (También parece que es que hay mucho pañuelo tendido.)

Se piensa que habría que crear el «Ministerio de los Muertos».

¡Pobres esposos esos que figuran unidos en la lápida! ¡Vaya una cama final de matrimonio!

Cuando muere el loco ¿vuelve en sí? Esta es una cuestión para debatirla en un Concilio reunido expresamente para eso.

Los muertos tienen envidia de los cables de gas que están bajo tierra y que son y vuelven a ser desenterrados y ven la luz... ¡Si pudieran escribir al juez diciéndole que habían sido envenenados y eso hiciese que les desenterrasen!

¿Soñarán los muertos?

• En el panteón de familia hay una perpetua disputa de familia.

Esa SIRA no hace más que decir: «¡Yo tenía unos ojillos azules!... ¡Yo tenía unos ojillos azules!»

¡Con qué avidez leen uno de esos pedazos de periódicos que lleva el viento como un portador de telegramas, de un lado a otro... Deberían enviarse unos ejemplares de cada periódico a cada cementerio.

Al anochecido desde los cementerios desde los que se dominan la ciudad, es la ciudad la que parece un cementerio y sus lucecitas los fuegos fatuos... Los muertos que tienen los ojos fijos en ella esperan tranquilos a todos: «Ya Fernando tiene ochenta y cinco años, cuatro meses y dos días... Ya pronto...» Cuentan los días y las horas de todos.

¿Dónde está aquella actriz llamada Luisa Romero, que según cuentan los cronistas se murió junto a las tapias de un cementerio después de decir «¡Una piedra me han tirado, esto es que me llaman, yo me muero!»?

¿Qué originalidad o qué dato se podría dar de tal y cuál y tal otro muerto? Sólo se podría basar la biografía en datos así como que este «Don Tesifonte del Foro solía decir en los momentos de pesimismo frente a los progresos del tiempo: «¡Oh, vituperio! ¡Oh, vituperio!»

ADIÓS ALEJANDRA

En el fondo de las vitrinas de los nichos hay muchos Cristos caídos o desclavados como el Cristo de la Vega o rotos sin brazos o piernas.